

## FARGAS. SU EPOCA Y SU INFLUENCIA\*

Dr. MOISES BROGGI VALLES  
(Académico Numerario)

Al recibir de parte del Iltre. señor Secretario el encargo de pronunciar una disertación sobre la personalidad de Fargas lo consideré desde el primer momento como una interesante tarea, por que Fargas se mueve en una época en la que se producen grandes cambios que repercutirán en el futuro de un modo decisivo, y no sólo en el campo de la medicina y de todas sus ramas, si que también en la vida cultural y espiritual de nuestro país, que conoce en aquellos momentos una magnífica floración de formas y de valores difícilmente igualada. Fargas sabe captar estas tendencias que se producen en su época y se sumerge en ellas con entusiasmo y afán de influirlas con su actividad. Por esto su estudio biográfico resulta apasionante, porque nos aproxima a las mismas fuentes de aquellas corrientes históricas tan fructíferas que han conducido por una parte a la cirugía actual y por otra a todo el modernismo catalán con sus múltiples y mag-

níficas manifestaciones, especialmente en arquitectura, pintura, poesía y política con los máximos exponentes de Gaudí, Picasso, Verdaguer, Prat de la Riba y la Mancomunidad Catalana.

Frente a estas complejidades del tema he tenido la gran ventaja de disponer de medios de información de un valor excepcional como son referencias verbales directas de dos de los hijos políticos de nuestro ilustre biografiado, los doctores Manuel Salvat y Antonio Triás Pujol, con los que me han unido lazos de íntimo afecto y de entrañable amistad y de la Memoria doctoral de Alonso Duat, verdadero modelo de estudio biográfico.

A finales del siglo pasado, concretamente el año 80, hace su aparición en el escenario de nuestra vida profesional Miguel Fargas Roca, hombre excepcional bajo muchos aspectos.

Su vida se extiende desde 1858 en que nace en Castelltersol de una fa-

(\*) Comunicación presentada en la Sesión del día 11-XI-1969.

milia acomodada, hasta 1916 en que murió a los 58 años de edad. Cursó sus estudios en Barcelona, donde ejerció la ginecología y de la que fue profesor. Junto con Salvador Cardenal fue el gran innovador que abrió las puertas y dio los primeros pasos en cirugía abdominal tal como hoy la entendemos.

Perfeccionó la ginecología con destacadas aportaciones. Fue miembro y Presidente de esta Real Academia. Intervino en política fundando un importante partido. Fue senador del Reino y miembro activo de la Mancomunidad de Cataluña, en la que desarrolló una importante labor sanitaria y social. Prócer admirado y respetado por todos adquirió una elevada posición económica y social.

Su obra ha llegado y se mantiene viva entre nosotros gracias a sus colaboradores y seguidores, entre los que se encuentran los grandes maestros de la ginecología. Su familia ha constituido también un importante foco de irradiación cultural; tres de sus hijas se casaron con médicos eminentes que han desarrollado una importante labor en distintos campos de la medicina y actualmente sus nietos ocupan también lugares preeminentes en el mundo intelectual.

Fargas vivió una época en la que se estaba produciendo un cambio radical en los conceptos fundamentales de la biología por la aparición de nuevas ideas basadas en los descubrimientos de Pasteur.

Fargas vivió también una época crítica de nuestra vida política, condicionada por la pérdida de las colonias de ultramar, hecho que conmovió íntimamente a toda la nación. Todo ello le influyó de un modo decisivo; no sólo se dio cuenta del momento crucial en que se encontraba sino que adoptó una posición categórica en el sentido en que la historia se inclinaba. Esto, que mirado retrospectivamente parece fácil, no lo es cuando nos encontramos rodeados por la multiplicidad de los acontecimientos; los descubrimientos de Pasteur, por ejemplo, no sólo no eran universalmente aceptados, sino que eran combatidos por algunos y desconocidos por muchos. El comprender la importancia de un hecho o de una tendencia contemporánea y seguirla sin vacilar hasta sus últimas consecuencias es la primera condición que debe tener el hombre de acción si quiere jugar un papel en la historia.

Esto a Fargas no se le puede discutir. Cuando acaba la carrera está tan persuadido del enorme valor que tiene para la cirugía la lucha contra la infección que no vacila en practicar la primera laparotomía a una paciente en estado desesperado afectada de un enorme quiste ovárico que le impide respirar y le imposibilita la vida. Practica la operación a pesar de que el ambiente le es completamente desfavorable, pues todo el mundo cree —con razón— que la cirugía equivale a una muerte cierta, ya que son contados los que, ade-

más de Fargas y de Cardenal, conocen los cambios que se han producido y que permiten arriesgarse con alguna garantía. Sabe por lo tanto que si fracasa será despiadadamente criticado y que los más benévolos dirán que ha cometido una insensatez o un homicidio por imprudencia temeraria, pero esto no le detiene en su propósito pues está seguro de lo que debe hacer y como hacerlo. Junto con sus colaboradores prepara a consciencia la operación tomando todas las precauciones: días antes limpiaron la habitación sin olvidarse de nada, frotaron el suelo y paredes con alcohol y solución de formol y pulverizaron la atmósfera con soluciones fenicadas, hicieron mucho rato los instrumentos, esponjas y sábanas que debían bordear la zona de la herida, se lavaron meticulosamente las manos y se lanzaron a la aventura.

En un grabado de la época está representada la escena. Fargas y su equipo con los vestidos de calle, en mangas de camisa, rodean el cuerpo de la paciente con el abdomen abierto, en una habitación que es la parte posterior o galería de un piso antiguo de la calle Bassas de St. Pere. Los que le acompañan en este momento le acompañarán siempre más hasta el final, son sus ayudantes de campo Fábregas y Carbó, hombres de posición desahogada que le ayudaron y dedicaron toda su vida profesional; Fábregas fue también Director de la Casa de Caridad. El anestesizador merece mención es-

pecial, se llamaba Estrany y no era una persona corriente, utilizaba el cloroformo en una mascarilla ideada por él y llegó a ser tan experto en su manejo que mereció la confianza de todos, pero siempre que otros cirujanos solicitaron sus servicios de enestesiador se negó a hacerlo, porque creía que cometía una infidelidad al maestro; tenía aficiones a la astronomía y era espiritista. Hombre excéntrico, de cultura dispersa y buenisima persona, recordaba a los sabios distraídos pero geniales que figuran en algunas obras de Julio Verne.

Esta ovariectomía no es la primera que se ha efectuado en España, existe el precedente de la realizada, también con éxito, por Federico Rubio y varios intentos de Cardenal, pero todos ellos son casos esporádicos aislados, seguidos de muchos otros que han fracasado. A la ovariectomía de Fargas sigue otra, y luego otra y así hasta diez, con una sola defunción. Estadística impresionante, que indica que el método seguido es el acertado y el que debe seguirse.

Cardenal, que tiene ocho años más que Fargas, que ha visitado el King's hospital de Londres y a Kocher en Berna y que acaba de realizar las primeras operaciones abdominales, ve con estupor la sucesión de éxitos de este joven y desconocido colega acabado de salir de la Facultad, donde no ha visto nada ni le han enseñado nada de esto. A partir de aquí se suceden las interven-

ciones abdominales y vaginales cada vez más audaces que le hacen famoso en el ámbito nacional e internacional.

Fargas es un brillante seguidor de la obra de Lister. Cuando en el año 1880 terminó los estudios hacía solamente 13 años que había aparecido en el *Lancet* de Londres el memorable, pequeño y aparentemente insignificante artículo de Lister sobre la infección de las heridas, en el que, fundándose en los trabajos de Pasteur acerca las alteraciones sufridas por los vinos, expone su teoría sobre la contaminación de las heridas y la manera de evitarla mediante la limpieza y la aplicación de antisépticos. Este trabajo es el punto de partida de todo y está destinado a producir una verdadera revolución y a transformar toda la cirugía.

Primero se le hizo poco caso, pero luego fue objeto de controversias, sobre todo cuando se vio que Lister en su clínica de Edimburg iba practicando operaciones cada vez más atrevidas y presentando buenos resultados en intervenciones tenidas por imposibles por los demás cirujanos. Esto le hizo ganar adeptos que fueron propagando el método. A pesar de ello la aceptación no era unánime y así vemos que en el año 79 en el Congreso de la *British Association* los ataques al método fueron numerosos y uno de los más afa- mados cirujanos de Londres afirmaba que con cataplasmas de pan obtenía también buenos resultados.

Fargas conocía todo esto, se hizo cargo de la trascendencia de la obra del cirujano inglés y emprendió el camino que ésta le señalaba a pesar de las dificultades y obstáculos que ello representaba, pues si bien los principios sentados por Lister responden a la realidad, los medios para alcanzarlos eran imperfectos e insuficientes. Con ello vemos que esteriliza al máximo los instrumentos que usa, pero sus propias manos y las heridas no pueden ser esterilizadas, asimismo las ropas del cirujano y de sus ayudantes, pues hay que esperar hasta v. Mickulicz y a Murphy para que empiecen a emplearse los guantes y las batas yuxtapuestas que sí pueden esterilizarse; tampoco se conoce la existencia eventual de gérmenes virulentos en la garganta de los operadores o de los espectadores que pueden ser fuente de contagio y tantas otras cosas. Por todo ello la infección no acaba de ser vencida y reaparece en el momento menos pensado causando graves complicaciones e inesperados fracasos, a veces en las intervenciones emprendidas más confiadamente.

Es natural, pues, que después de períodos prolongados de buenos y brillantes resultados sobrevengan casos de infección, muchas veces mortales, que se suceden repetidamente, indicando un fallo en los mecanismos de esterilización. En una de estas ocasiones se ven precisados a cerrar la clínica y someterla a una atenta inspección, de la que se en-

carga Manuel Salvat, que no des-  
sana hasta señalar y localizar el  
fallo. En otra ocasión sufrió un in-  
tento de agresión por parte del ma-  
rido de una paciente afecta de me-  
tritis que falleció de septicemia des-  
pués de un simple raspado; poco  
después de esto, Fargas presentaba  
un accidente de ictus seguido de he-  
miplegia.

Esta lucha no acaba nunca, la fa-  
ma y el triunfo no son gratuitos y  
el camino está lleno de dificultades  
y sinsabores. Ello explica que mu-  
chos de sus discípulos no sigan el  
camino del maestro, sino que cul-  
tiven y se destaquen en otros cam-  
pos menos turbulentos: Manuel Sal-  
vat y Enrique Nogueras en la pe-  
diatría, Jacinto Reventós en la tisi-  
ología, Baldiri Guilera en la tocología  
y medicina interna... etc.

La simple enumeración de sus  
obras y actuaciones nos llevaría un  
tiempo excesivo, nos limitaremos a  
comentar su labor como académico,  
como profesor en la facultad y su ac-  
tividad en política, para acabar enu-  
merando brevemente alguno de sus  
más importantes seguidores, discípu-  
los y amigos.

En esta Real Academia se desple-  
gó gran parte de su actividad. Es es-  
pecialmente memorable su discurso  
de ingreso en el que trata del pro-  
blema de la infección y de la ventaja  
que representa al evitarla sobre el  
combatirla; es el paso de la antise-  
psia a la asepsia. En el discurso de  
contestación a D. Mariano Batlles se-  
ñala con precisión exacta los graves

defectos de nuestra enseñanza Uni-  
versitaria, que con poca diferencia  
son los mismos que existen en el  
momento actual; y en otro discurso,  
en ocasión del ingreso de D. Eusebio  
Oliver propone la creación de un or-  
ganismo para luchar contra la tu-  
berculosis y el cáncer. El año 1910  
fue elegido Presidente, cargo que  
ocupó durante cuatro años.

En esta labor académica de Fargas  
podemos ver el símbolo de lo que  
será la evolución futura de la me-  
dicina y que nosotros contemplamos  
en el momento actual: la superioridad  
indiscutible de lo preventivo so-  
bre lo curativo, de la higiene sobre  
la terapéutica y de la medicina so-  
cial y colectiva sobre la medicina in-  
dividual.

Su actuación como profesor es dig-  
no de mención pues ya practicaba  
entonces lo que hoy se conoce en en-  
señanza como método inductivo.  
Nunca hacia la clase sin la presen-  
cia de la o de las enfermas, que  
eran exploradas por grupos de alum-  
nos que discutían los síntomas ha-  
llados y, ayudados por el maestro,  
llegaban al diagnóstico y a la indi-  
cación terapéutica por un proceso  
de síntesis, por el que dé la obser-  
vación de los hechos se llega a la  
definición del cuadro patológico; con  
lo que se estimula al espíritu de ob-  
servación. Sus lecciones se hicieron  
célebres y a su clínica y al grupo  
de brillantes alumnos que trabaja-  
ban a su alrededor se le conocía con  
el nombre de «Escuela de Salerno».

Su tratado de ginecología, del que

se publicaron tres ediciones con un éxito extraordinario, es un reflejo de lo que eran sus lecciones, en claridad de exposición y buen sentido. Es un libro tan completo y excelente que aún hoy día conserva actualidad.

Políticamente siguió una trayectoria interesante. Antes de incorporarse al movimiento autonomista, Fargas ya tenía inquietudes políticas y sociales, lo cual no era frecuente en aquella época entre la gente acomodada e intelectual. Sabemos que un día a la semana se reunía con un grupo en un café construido en madera —una especie de quiosco— que había en lo que ahora es la plaza de Cataluña en la esquina entre la calle de Fontanella y la Avda. de la Puerta del Angel; creo que se llamaba «La Rotonda». En una ocasión, quisieron fundar un partido político que más o menos se había de titular «Partido liberal de Cataluña», que tenía que ser acaudillado por el general Polavieja, que era un hombre también de tendencias liberales, pero que tuvo la desgracia de ser capitán general de las islas Filipinas poco antes de su independencia, dejando el trágico recuerdo de haber hecho fusilar a José Rizal, médico, poeta, y novelista de gran prestigio en Manila. Hombre joven y valiente, que estando en capilla (cuatro horas antes de la ejecución) escribió una poesía titulada «Mi último adiós», que en aquel país tiene una gran popularidad. Esta ejecución produjo la indignación de todo el mundo, y así es como el pobre Polavieja, que

seguramente ignoraba que muchas veces la brutalidad y la violencia retornan contra el que las ha empleado, quedó completamente desacreditado y aquel partido que tenía que dirigir murió antes de haber nacido y sus miembros heterogéneos se dispersaron. En el grupo figuraban miembros como Rodríguez Méndez, un andaluz de oratoria florida y algo barroca, catedrático de higiene; el Dr. Queraltó, un hombre de gran personalidad, médico y periodista, de vida interesante y accidentada, y creo que también estaba D. Andrés Martínez Vargas, aragonés de Barbastro y profesor de pediatría, que muchos de ustedes habrán conocido. Todos estos elementos no tenían nada de catalanistas ni representaban nada en este sentido y después de la disolución hubo entre ellos grandes discusiones y polémicas que repercutieron en la prensa, especialmente entre Fargas y Queraltó.

Seguidamente Fargas se suma con entusiasmo al movimiento autonomista que se ha iniciado y está adquiriendo grandes proporciones. Se trata de un verdadero movimiento de masas, cuyo anhelo es el anticentralismo y el romper con los moldes antiguos. Parece como si la gente despertase de un sueño y que, recordando a la imagen bíblica, se hayan dado cuenta de los pies de barro del ídolo, al ponerse de manifiesto los grandes fallos y debilidades de un poder que vivía de mucha ficción y de pocas realidades. Fargas se convierte en un líder y en 1902 funda

con Ferrer Vidal, Prat de la Riba, y Robert la «Lliga Catalana», que luego se convertirá en la «Lliga Regionalista», llamada a ser el más importante partido político de aquí.

Se interesó por la autonomía universitaria, sosteniendo que la propia universidad era la más adecuada para comprender y solucionar sus propios problemas, en vez de estar en manos de funcionarios alejados y muchas veces incompetentes, que lo que menos hacían es diferir y retardar las soluciones. Además, Fargas está convencido de que el centralismo es lo que más se opone a la unidad de un país. Estas ideas las expone y defiende en una entrevista personal con el Rey, en ocasión de presidir un congreso en Madrid y luego en el Senado cuando es Senador del Reino.

También hemos de referirnos a su labor social y colectiva desarrollada en la Mancomunidad Catalana, bajo la presidencia de Prat de la Riba, el genio organizador más extraordinario que ha tenido este país. Como miembro de aquella organización ejemplar llevó a cabo toda su labor sanitaria, especialmente toda la reorganización de la Casa de Caridad y los proyectos de una «Institució Maternal Catalana», que había de figurar entre las primeras del mundo.

Fargas se casó con Carolina Raymat, una mujer de gran belleza, de la que tuvo cuatro hijas y un hijo. Su madre política jugó en su vida un importante papel, ya que fue la colaboradora heroica que llevaba la ad-

ministración de la clínica, que llegó a ser modélica en todos los sentidos.

Después de los primeros colaboradores que hemos citado al comienzo, Manuel Salvat, que había de ser su yerno, entró pronto en contacto con él. Se ocupaba de la difícil y delicada tarea de la esterilización y como es natural tuvo con ello muchos problemas. Se apartó del terreno de la ginecología y se especializó en pediatría, en la que destacó por su gran labor, sobre todo en el sentido de la medicina preventiva y en la tuberculosis infantil. Todos le hemos conocido y apreciado sus incomparables dotes humanos y profesionales.

En una época algo posterior ya encontramos a los que han de ser los grandes sucesores y maestros de la ginecología, entre ellos y en primer lugar al prof. Víctor Cónill, cuyos conocimientos y lecciones en la cátedra son tan admirados por todos nosotros. Cónill en sus primeros tiempos estuvo al lado de Fargas y también estuvo en Alemania con Döderlein, donde tuvo ocasión de presenciar los primeros casos de cáncer uterino tratados con el mesotario y vio «fundirse el cáncer como la mantequilla bajo los rayos del sol» según la célebre frase pronunciada el año 1913 en el Congreso de Halle en el que también estuvo presente al lado de Döderlein, en el que fue testigo de la espectacular escena en la que éste dirigiéndose a Wertheim le dijo que su operación había pasado a la historia, indicando con ello el

supremo optimismo de aquel momento al ver que se había hallado algo positivo en la lucha contra el cáncer. Al regresar a Barcelona se puso en contacto con don Fargas y fue por inspiración suya que éste fundó la sociedad del radium, gracias a la cual pudo disponerse en nuestra ciudad de este precioso medio terapéutico en los comienzos de su descubrimiento y aplicación.

En esta época se nos presenta una brillante pleyade que le rodea, entre los que encontramos a Frontera, Viñoli, Terrades, Guilera y Ardévol, que está en el recuerdo de la mayor parte de nosotros. Frontera cultivó la cirugía general. Guilera, hombre de grandes dotes personales adquirió una nutrida clientela en un barrio popular y cultivó con gran éxito la medicina interna y la tocológica. Terrades, que primero efectuaba la anatomía patológica fue después jefe de clínica, quedando adscrito al servicio del hospital clínico durante muchos años. Ardévol fue un caso especial, hombre dotado de una extraordinaria inteligencia, cautivaba a todos los que le trataban por su gran erudición, claridad mental y certeras opiniones sobre los más diversos asuntos. Fargas tenía depositada en él toda su confianza y le encargaba las tareas de más responsabilidad. Su carácter poco amante de la publicidad hizo que su nombre quedase silenciado después de la muerte de Fargas, silenciado para la mayoría, pero no para un pequeño grupo que le rodeaban y cul-

tivaron su amistad, escuchando siempre sus sabios consejos y admirando la profundidad de sus conocimientos. Fue director de la Casa de Maternología durante muchos años.

En este punto debemos recordar a su hijo, Miguel Fargas Raymat, persona magnífica en todos sentidos, de gran inteligencia y sentido moral intachable, muy querido de sus discípulos por su compañerismo y trato afectuoso. Murió a los 33 años de una enfermedad cerebral, que trató entre otros un neurólogo joven y ya entonces famoso, que actualmente ocupa el lugar de Secretario perpetuo de esta Ilustre Corporación. La enfermedad duró unos dos meses y cuando tuvo los primeros síntomas acababa de celebrar su recepción como socio de número de esta Real Academia. Además de hijo, fue uno de los mejores discípulos de Don Miguel. A pesar de morir tan pronto dejó artículos muy valiosos que sería difícil enumerar; revisó y corrigió la gran obra de ginecología, añadiéndole un apéndice dedicado a «medios físicos en ginecología» que aparece al final del segundo tomo de la tercera edición.

Otro sucesor, que a mi modo de ver, es el que encarna con más exactitud el espíritu de aquel gran hombre, ha sido su segundo yerno, el prof. Antonio Trías Pujol, que también fue discípulo suyo y gran amigo y compañero de su hijo. Igual que el maestro ha sabido también captar las tendencias más vivas y re-

cientes para plasmarlas y ponerlas en práctica, y así vemos como posteriormente realiza el gran sueño de Fargas de la autonomía Universitaria, por un período fugaz pero de un brillo extraordinario, que aún hoy sigue apareciéndonos como un modelo ideal difícil de superar. El fallo de Antonio Triás fue que así como Fargas adoptó y puso en práctica principios e ideas ya maduras, Antonio Triás se anticipó a su tiempo y sus realizaciones fueron prematuras dada la preparación y las condiciones de nuestro país. Por esto su figura va cobrando importancia con el tiempo y está destinada a adquirir en nuestra historia un relieve extraordinario.

Su otro yerno, el Dr. Francisco Morer, era hijo de un médico internista de gran prestigio, amigo íntimo de Fargas y ha sido uno de los pioneros de la digestología. Su enlace con la familia tuvo lugar en fecha posterior, de manera que ya no formó parte directa de la escuela.

En Barcelona sus mejores amigos médicos fueron Salvador Cardenal y Bartolomé Robert. Cardenal tenía unos años más que él y era un cirujano de un mérito extraordinario. Compartió con Fargas el mérito de ser el iniciador de la cirugía moderna, operaba en el hospital del Sagrado Corazón y era autor de un libro sobre cirugía antiséptica. A ambos les unía una sincera y auténtica amistad.

Robert era profesor de patología médica y hombre brillantísimo, tan-

to por su exposición fácil y elocuente como por su aspecto físico. Sus clases teóricas y clínicas tenían el estilo de las del prof. Dieulafoy de París; era admirado por sus alumnos y el médico de mayor clientela de Barcelona. Al incorporarse al movimiento autonomista de primeros de siglo, fue candidato a las primeras elecciones y resultó elegido junto con Alberto Rusinyol (hermano de Santiago Rusinyol), Doménech y Muntaner (arquitecto, autor del hospital de San Pablo y del Palacio de la Música) y otro que iba en representación de los industriales, que siento no recordar. Cuando se presentaron en el Congreso se produjo un escándalo fabuloso ya que todos aquellos diputados creían sinceramente que unos «separatistas» como aquellos cuatro no tenían ni derecho a pisar las calles de la capital y mucho menos presentarse en las butacas del Parlamento. De los cuatro el industrial y el arquitecto no poseían condiciones oratorias, Alberto Rusinyol era bueno para las interrupciones, tanto hacerlas como para contestarlas, lo que fue muy valioso para contrarrestar las continuas interferencias que hacía Rodrigo Soriano, diputado republicano por Valencia, que estaba especializado en estas frases cortas y a veces cínicas que pueden desorientar y confundir al orador más experimentado. El único orador de verdad era Robert, que si bien el primer día le impidieron la palabra de forma casi violenta, luego acabaron sugestionados de tal manera que

cuando se sabía que tenía que hablar, el Congreso se llenaba en los escaños de diputados y en las tribunas del público. Más tarde fue alcalde de Barcelona.

Con Francisco Cambó y con el obispo Torras y Bages tuvo relaciones de íntima amistad. Al primero le asistió después del atentado sufrido en Hostafranchs al dirigirse a un mitin sobre la solidaridad catalana, extrayéndole una bala del tórax; desde el punto de vista económico casi le valió más el consejo de Cambó sobre la compra de ciertos valores, que los beneficios de su esforzada y fabulosa labor profesional. El obispo Torras y Bages fue obispo de Vich y el escritor de más categoría.

Otro gran amigo fue D. Eugenio Gutiérrez, conde de S. Diego, famoso ginecólogo del Instituto Rubio de Madrid y Doyen, el gran cirujano francés con el que se visitaba frecuentemente, intercambiándose ideas e innovaciones; seguramente la familia Fargas entre sus papeles, poseerán cartas autógrafas de esta figura eminente de la cirugía mundial.

Gracias a todos ellos, amigos, discípulos y sucesores su influencia se mantiene y los destellos de su gran mentalidad llegan hasta nosotros, porque Fargas supo recoger la ciencia viva de manos de los sabios descubridores del siglo pasado y laborar en ella contribuyendo a su difusión y progreso y transmitirla enriquecida a sus seguidores. Fue un innovador en cirugía, el padre de la

ginecología, pero sobre todo fue un hombre fuerte que tuvo ideas muy claras y actuó de acuerdo con ellas.

Finalmente terminaré estas notas sobre tan interesante personaje, con unas palabras del prof. Víctor Cónill que constituyen para esta disertación un verdadero broche de oro, tanto por su valor intrínseco como por lo que representan, ya que proceden del que ha sido discípulo predilecto y continuador en la cátedra universitaria y en la dirección de la escuela ginecológica barcelonesa, famosa en todas partes.

Dice textualmente:

«Siento no poder asistir a la conferencia que dedica usted al que fue mi primer y gran maestro, prof. M. Fargas, debido a la cardiopatía que complica mi lenta involución senil. Su dominio docente en la cátedra, su técnica como su libro viven todavía entre los que fuimos sus discípulos y lo propagamos, porque lo que es objetivo y se transmite con autoridad y elegancia, peculiares en él, son riquezas inmortales.

En un pequeño círculo, al comentar que los rayos X y el Radium podían producir el cáncer, dijo rápidamente: «Pues ahora digo que si pueden producirlo pueden también curarlo»; un claro destello que nadie había dicho.

Dr. Miguel Fargas que volvéis a estar entre nosotros en estos momentos por inspiración del Dr. Broggi, yo —que soy el mayor beneficiario entre los sobrevivientes—, os pido vuestra bendición».

*Discusión.* — El doctor L. G.<sup>a</sup>-Tornel evoca muy sentida y elogiosamente la figura de uno de los mejores maestros de la ginecología patria, cita unas anécdotas de su vida estudiantil y como médico de guardia en tiempos de Fargas y aplaude el propósito que nos mueve a recordar los que nos enseñaron y orientaron.

El profesor A. Pedro Pons (Presidente) habla, igualmente, de lo que simbolizaron, en los terrenos científico y docente, Fargas y colaboradores y destaca la envidia de la ginecología del maestro, Presidente que fue de nuestra Corporación.

Hemos de honrar siempre —terminó diciendo— las virtudes pedagógicas de los antecesores en las cátedras y en los sillones académicos.